

# Adviento 2008.

Antonio García Rubio.

*Lo envolvió en pañales  
y lo colocó en un pesebre.*

El objetivo de este Adviento:

*La comunidad cristiana: llamada a ser, como María, la que acoge, cuida y permite ser y crecer a cuantos se acercan a ella.*

Un objetivo excelso, para unas comunidades frágiles.

Desmigamos este objetivo:

La comunidad cristiana está llamada a:

- Ser, como María, la que facilita la escucha y el encuentro con la Palabra.
- Animar el crecimiento en la fe y en la vida de sus miembros.
- Transmitir la Palabra, si previamente acoge a los que se saben en búsqueda, y abre sus puertas y su corazón, su centralidad, a los pobres y a cuantos se encuentra por los caminos.
- Ser en sí misma, para eso vive, un hogar en el que los seres humanos que acuden a ella, puedan nacer, o renacer y crecer mediante el don de la fe que ella guarda en sus entrañas y en su diario compromiso por la humanidad y por los excluidos de la sociedad.

Para que la comunidad cristiana, o la Iglesia, pueda ejercer la tarea de acoger, cuidar y facilitar el crecimiento es preciso:

- Que se viva y se sepa a sí misma como una comunidad fraterna y amigable.
- Que se comprenda a sí misma como llamada a hacer posible, a rodar, a realizar en la historia, y más allá de la misma, el reino de Dios.
- Que se manifieste ante la humanidad como ‘madre y maestra’, tal y como nos lo expresó y propuso, para estos tiempos inclementes, el venerable Papa Juan XXIII.

Fundamentos teológico-pastorales:

Ante el hecho mismo de mirar a la comunidad cristiana como el lugar de la acogida y del crecimiento, a imitación del icono que para nosotros es la María, la madre de Jesús, en este Adviento del 2008, podemos plantear y matizar un par de consideraciones previas, referidas al ser de Iglesia y a su implicación en la historia como comunidad fraterna:

La primera consideración se refiere al momento presente, al menos en nuestro país, donde la Iglesia, en su presencia real en los Medios de Comunicación, que es el modo habitual de aparición pública en esta sociedad mediática, y también en la opinión general extendida por la misma, difícilmente proyecta el hecho de ser, tal y como aquí lo dibujamos, un lugar de acogida y de crecimiento humano y en la fe. No es esa la imagen que proyecta o se proyecta de la Iglesia en la actualidad. La opinión global, reflejada sobre todo en las encuestas, no refleja una imagen positiva y acogedora de la institución eclesial.

Esto no quiere decir que para muchos cristianos esa sea la imagen real de la Iglesia.

La segunda consideración se refiere a las comunidades fraternas y creyentes, que son la concreción de la Iglesia universal en cada lugar y rincón del planeta, y que hoy no suelen brillar por su esplendor espiritual, ni por su entrega generosa, ni por su capacidad de influir positivamente, ni por su juventud, y que, sin embargo, en algunas ocasiones, brilla por su arrogancia, su utilización del poder o su ausencia. No son muchas las luces que brillan en lo alto del monte, aunque los que estamos dentro sabemos que las hay, y muy hermosas.

Desde estas consideraciones previas, nos salen al paso un par de preguntas:

**1. ¿Cómo podemos plantearnos un Adviento 2008 con las entrañas de misericordia de la Madre, acogiendo, cuidando, protegiendo, enseñando, mimando, alentando, acompañando, alimentando y ayudando a crecer en la fe y en la vida al hombre y la mujer actuales, si la percepción social y mediática que los ciudadanos tienen de la Iglesia no se asemeja a un lugar cálido y acogedor, como pudo ser el hogar de Nazaret?**

Ese lugar lo describió muy bien Pablo VI, en su visita a Nazaret, el 5 de enero de 1964:

*“Nazaret es la escuela donde empieza a entenderse la vida de Jesús, es la escuela donde se inicia el conocimiento de su evangelio.*

*Aquí aprendemos a observar, a escuchar, a meditar, a penetrar en el sentido profundo y misterioso de esta sencilla, humilde y encantadora manifestación del Hijo de Dios entre los hombres. Aquí se aprende incluso, quizá de una manera casi insensible, a imitar esta vida.*

*Aquí se nos revela el método que nos hará descubrir quién es Cristo. Aquí comprendemos la importancia que tiene el ambiente que rodeó su vida durante su estancia entre nosotros, y lo necesario que es el conocimiento de los lugares, los tiempos, las*

costumbres, el lenguaje, las prácticas religiosas, en una palabra, de todo aquello de lo que Jesús se sirvió para revelarse al mundo. Aquí todo habla, todo tiene un sentido".

"Aquí, en esta escuela, comprendemos la necesidad de una disciplina espiritual si queremos seguir las enseñanzas del Evangelio y ser discípulos de Cristo.

¿Cómo quisiéramos ser otra vez niños y volver a esta humilde pero sublime escuela de Nazaret! ¿Cómo quisiéramos volver a empezar, junto a María, nuestra iniciación a la verdadera ciencia de la vida y a la más alta sabiduría de la verdad divina!

Pero estamos aquí como peregrinos y debemos renunciar al deseo de continuar en esta casa el estudio, nunca terminado de Evangelio. Mas no partiremos de aquí sin recoger rápida, casi furtivamente, algunas enseñanzas de la lección de Nazaret".

"Su primera lección es el SILENCIO. Cómo deseáramos que se renovara y fortaleciera en nosotros el amor al silencio, este admirable e indispensable hábito del espíritu, tan necesario para nosotros, que estamos que estamos aturdidos por tanto ruido, tanto tumulto, tantas voces de nuestra ruidosa y en extremo agitada vida moderna".

"Se nos ofrece además una lección de VIDA FAMILIAR. Que Nazaret nos enseñe el significado de la familia, su comunión de amor, su sencilla y austera belleza, su carácter sagrado e inviolable, lo dulce e irremplazable que es su pedagogía y lo fundamental e incomparable que es su fundamento en el plano social".

"Finalmente, aquí aprendemos también la lección del TRABAJO. Nazaret, la casa del hijo del artesano: cómo debemos comprender más en este lugar la austera pero redentora ley del trabajo humano y exaltarla debidamente; restablecer la conciencia de su dignidad, de manera que fuera a todos patente; recordar aquí, bajo este techo, que el trabajo no puede ser un fin en sí mismo, y que su dignidad y la libertad para ejercerlo no provienen tan sólo de sus motivos económicos, sino también de aquellos otros valores que lo encauzan hacia un fin más noble".

**2. ¿Cómo podemos intentar la aventura de acoger y facilitar el crecimiento lleno de comprensión y ternura que necesitan el hombre y la mujer postmodernos, rotos por dentro, desfigurados, sin identidad, fragmentados, desestructurados, compartimentados, sin la realidad histórica de unas comunidades vivas reales y sanas?**

Jesús Sastre García en 'Misiones Extrajeras' nos adentra en la comprensión de la situación de este modo:

"No podemos olvidar que estamos en una cultura llamada de postmodernidad, caracterizada por el "pensamiento débil", la pérdida de "memoria histórica", la "inmediatez de lo inmediato", el "yo roto y fragmentado", etc. Al hombre postmoderno le cuesta la fundamentación de lo que es y hace, la búsqueda de la verdad de las cosas y vive ligado a la "ética indolora" (G. Lipovetsky). El resultado final es el predominio de la razón instrumental, la ontología vinculada al ejercicio de la libertad individual y el predominio del "altruismo indoloro".

La postmodernidad también ha dejado su influencia en la manera de creer y de comprometerse desde la fe. "Los resultados de recientes investigaciones sobre los valores nómicos y religiosos de los jóvenes españoles dan los siguientes datos: progresivo descenso de la práctica religiosa, marginación de las mediaciones eclesiales, y predominio de la subjetividad en la experiencia religiosa. Este cambio en la manera de vivir lo religioso tiene que ver con la fragmentación de la fe; se ha perdido la unidad entre creencias, comportamientos y prácticas religiosas, así como la unidad dentro de cada uno de los tres componentes de la actitud religiosa. De este modo aparece el creyente light y fragmentado; el monoteísmo comprometedor ha sido reemplazado por una serie de compromisos solidarios

*desde la motivación afectiva. La presencia de creyentes en grupos ecologistas, feministas, pacifistas y de voluntariado social ha terminado por sustituir, en no pocos casos, la fe religiosa. Las organizaciones católicas tienen un doble reto: cómo vivir significativamente para el hombre de hoy la experiencia de Dios, y cómo responder eficazmente a los problemas sociales” .*

### Ante este panorama, planteó las siguientes respuestas:

#### A. La primera respuesta.

Es un grito lanzado a la Iglesia universal en su conjunto y a los pastores de la misma, para *animarles a un nuevo modo de encarnarse en el mundo*. Teniendo un solo objetivo en la mente y en el corazón de la misma: Que la Iglesia, la comunidad creyente, en sus pastores y en sus comunidades pueda ser gustada, tocada, percibida y acogida de nuevo por la humanidad como una hermana, una amiga y, a poder ser, como una madre; entendiendo el hecho de ser madre al modo como san Francisco de Asís pedía a sus hermanos que fueran como madres unos para los otros.

La Eclesiología del momento histórico que vivimos está, pues, convocando, a las comunidades y a los pastores, con toda urgencia, a la encarnación. Ese es el único modo de dejar de estar perdidos en la historia y generando aspectos de poder que es ‘pan para hoy y hambre para mañana’.

“Sabéis que los grandes de las naciones los oprimen... Entre vosotros no ha de ser así”. Al Padre y a Cristo se les conmueven las entrañas ante la multitud de excluidos que andan extraviados, como “ovejas sin pastor”. La postura de Jesús se manifiesta en la carta a los filipenses: no se aferró a su condición, se hizo hombre (bajó), se despojó (vacío) y dio la vida por todos.

Jesús se identifica con los pobres y los marginados (Mt 25, 31-46) y se convierte en su servidor (Lc 4, 18-19).

La identidad cristiana ha de venir, pues, por la vía de la encarnación, tal y como la asumió María, tal y como la vivió Jesús, nuestro Maestro y Señor. Encarnación que nos hace abandonar posturas y privilegios, y nos coloca en el más humilde lugar y al servicio de los más humildes de la tierra, como lo hizo el Maestro, y la madre del Maestro, aquella que fue mirada por Dios por su humillación.

También hoy, Dios sigue mirando la humillación de los que sirven y viven como ‘el que vino a no ser servido, sino a servir’.

Y todo papel que pretenda separarse de estas palabras proféticas de Jesús, tendrá pan para hoy, pero perderá la credibilidad y la esperanza de los pobres, los pequeños y los pecadores, a los que la Iglesia está llamada a servir, a acoger, a ayudar a crecer.

#### B. La segunda respuesta.

Es también una llamada para todas las comunidades parroquiales y eclesiales, para los laicos y los pastores que perseveran al frente de las mismas, llamada a una renovación interior de sus propias vidas, lo cual supondrá siempre un esfuerzo cotidiano considerable, tanto de sabiduría, como de inteligencia, de bondad, de sanación, de generosidad, de oración-contemplación, de compromisos concretos, de autenticidad, y sobre todo de dignidad ética.

Me detengo, especialmente, en este sentido de la dignidad ética:

El tiempo presente requiere, como en los primeros tiempos del inicio del cristianismo, de una espectacular entrega, en medio de la pobreza y del barro que son los creyentes, por parte de todas y todos aquellos que quieran seguir el camino de Jesús, personal y comunitariamente.

A los primeros cristianos se les ofrecía como horizonte el martirio. A nosotros se nos ofrece otro horizonte: el de una entrega conmovedora, con implicación auténtica de nuestras personas, en conversión y transformación permanentes, desde dentro, favoreciendo una alta dignidad ética de vida. Los cristianos actuales hemos de mostrar en nuestro ser y quehacer en el mundo, para recuperar la fe de los muchos incrédulos, una irreprochable y humilde vida ética. Sin olvidar que la humildad es el fundamento de la ética.

Se precisan, pues, cristianos comprometidos pero humildes, no prepotentes, dado que la historia del cristianismo está demasiado atravesada y herida por la prepotencia y el abuso de poder y protagonismo.

### C. La tercera respuesta.

Está dirigida concretamente a nuestra concepción cristología, que hemos de vivir desde la mística, la contemplación y la oración. Es necesario que las comunidades cristianas, para convertirse en espacios para la acogida y el crecimiento de la fe, recuperen: El tú a tú, el 'piel con piel', con Jesucristo.

El fundamento, el principio y fundamento, en clave ignaciana, no puede ser otro que el reencuentro personal y comunitario con el Señor.

No existe una renovación seria al margen de Jesús.

Necesitamos, lo necesitan nuestras comunidades, como el aire que respiramos, la presencia del Resucitado: su mirada, su tacto, su palabra, su escucha, su consuelo, su entrega, su acogida, su calor de amigo.

Necesitamos al amigo Jesucristo, el único que puede curarnos, sanarnos, liberarnos. Vivimos una sociedad enferma, y hemos de ser lo suficientemente humildes para reconocer que nuestras comunidades y nosotros mismos, cada uno de nosotros, también estamos enfermos y necesitamos, los primeros, del Sanador de Nazaret.

No podemos renunciar a esta sanación del alma y del corazón, tanto comunitarios como personales, de ninguna manera. Sólo los cristianos y las

comunidades que viven en el esfuerzo diario por la sanación y la acogida cálida en su ser o en su seno, pueden ser, a su vez, acogedores y sanadores de relaciones rotas. Sólo quienes crecen en la armonía de la amistad con Jesús y con sus hermanos, son capaces de ofrecer a los otros el don del crecimiento en la fe.

Al Resucitado le encontramos en la mente y en el corazón, en el centro de la vida comunitaria, en la Eucaristía.

#### D. La cuarta respuesta.

La encontramos en la vuelta *al niño que somos y a los pobres*. Vivimos un mundo tan corrompido que se nos hace necesario que las comunidades cristianas se acerquen a la inocencia del entregado, del fiel hasta el fin, del Resucitado: Tanto en el niño que somos, como en el pobre que nos asalta ante la mirada y la vida diaria:

#### - En el niño:

Os hago partícipes de un texto tomado de un libro que preparo, que se titulará “La nube y la tribu”, en el que reivindicó al niño que llevamos dentro y que es esencial para renovarnos con autenticidad:

*“En el niño, como en el adulto, coexisten siempre un niño y un adulto; y desde la más tierna infancia se pueden desarrollar, en cualquier ser humano, tanto las tendencias del uno como las del otro; se pueden desarrollar positivamente todos los aspectos que le corresponden al niño, es decir: su fe, su amor a Dios, su asombro ante el misterio de la vida, su sensibilidad con los hermanos, su sociabilidad, su sentido de la justicia o su amor por la paz y la no violencia; o pueden primar esas otras tendencias negativas y abrasivas que el hombre es capaz de hacer brotar dentro de sí, y que son expresión del adulto que llevamos dentro, de su poder destructivo y antisocial. Ésta es la gran paradoja de la vida humana. En la actualidad, hay muchos niños que, como consecuencia de la infame influencia que se ejerce sobre ellos desde el peor poder mediático adulto, se comportan como adultos y tienen ya mermada o cercenada su capacidad para ser y vivir como niños.*

*Optar por el desarrollo positivo del niño que llevamos dentro no es negar al adulto que, igualmente, existe en cada hombre. Ambos, niño y adulto, han de aprender a convivir y coexistir a lo largo de los años, han de aprender a respetarse y han de realizar el juego eterno de la vida. Pero lo que no es de recibo es que se parta de la prepotencia del adulto y que, desde su desarrollo encumbrado, sea éste el que interprete, con su mente adulta y ambiciosa, lo que es necesario ofrecer a los niños desde los medios de comunicación y desde el poder, porque lo que se les está ofreciendo, generalmente, es pura bazofia para sus mentes endebladas. No es, pues, de recibo que este adulto dominante anule al niño que existe en cada niño y en cada adulto, así como sus posibilidades de desarrollo.*

*Las sociedades más auténticas, y las más desarrolladas humanamente, han sido aquellas que han respetado la realidad humana en su conjunto y no han anulado unos u otros aspectos de la misma, y menos desde posturas prepotentes, impositivas o*

*engreídas. En realidad, el adulto encumbrado no es más que un niño engreído y maleducado que no ha crecido humanamente, aunque haya desarrollado inmensamente su poderío.”*

- En el pobre:

El ejemplo para plantearnos la necesidad de volver la vida y la mirada a los pobres que nos asaltan cada día lo encontramos en nuestras ciudades, en los lugares en los que vivimos, en los barrios marginales, en el cuarto mundo que merodea por el centro de nuestras ciudades, en todos los excluidos. Ya los Santos Padres de la Iglesia nos situaban ante los pobres. Veamos algunos textos a modo de ejemplo (aportados por Jesús Sastre):

*“Poned medida a las necesidades de vuestra vida. No sea todo vuestro; haya también una parte para los pobres y amigos de Dios. La verdad es que todo es de Dios, padre universal. Y nosotros, como de un solo linaje, somos hermanos. Ahora bien, los hermanos, en el caso mejor y más justo, han de entrar por partes iguales en la herencia”* (A. Gregorio Niseno).

*“Pide lo que te dio, de ello quita lo que sea necesario; los demás bienes que son superfluos para ti, a otros son necesarios. Los bienes superfluos de los ricos son necesarios a los pobres. Posees lo ajeno cuando posees lo superfluo”* (S. Agustín).

*“La hermosura de las riquezas no consiste en estar guardadas en las arcas de los ricos, sino en emplearlas en alimentar a los pobres. Donde más brillan es en los enfermos y necesitados”* (S. Ambrosio).

Esto debe aplicarse incluso con el esclavo: *“¿Cómo no escandalizarnos cuando se ve que un amo cristiano no muestra compasión del esclavo cristiano, no considerando que éste, aunque esclavo por su estado social, por la gracia es, sin embargo, hermano? En efecto, del mismo modo que está revestido de Cristo, participa en los mismos sacramentos y tiene con Dios Padre la misma familiaridad. ¿Por qué no lo tratas como hermano?”* (A. Máximo de Turín).

La consecuencia inmediata de lo anterior es el rechazo de la esclavitud: *“¿Qué precio se puede pagar por la imagen de Dios y qué derecho se puede tener de ejercitar la soberanía sobre la creación que Dios nos ha concedido, esclavizando al hermano, si Dios mismo quiere tener al hombre como hijo? ¿Cuánto pagará por aquél, que como yo, tiene igual derecho al dominio y soberanía sobre todos los bienes de la tierra?”* (S. Gregorio Niseno).

La compasión y ayuda al necesitado es un “deber de justicia”, aunque no esté regulado legalmente; en consecuencia, quien puede aliviar una necesidad y no lo hace, *“con razón puede ser condenado como homicida”* (S. Basilio).

El creyente reconoce a Jesucristo en la Eucaristía y en el hermano necesitado: *“¿Honráis el Cuerpo de Cristo? De acuerdo, no toleréis que esté desnudo después de haberle honrado con vestidos de seda. No permitáis que fuera de los muros de la Iglesia muera de frío por su desnudez... Quien ha dicho “esto es mi Cuerpo”, ha dicho también “tuve hambre y me distéis de comer; lo que no habéis hecho con uno de estos pequeñuelos, tampoco lo habéis hecho conmigo.”* El cuerpo

*de Cristo que está sobre el altar no tiene necesidad de manteles, sino de “almas limpias” y el que está fuera de los muros de la Iglesia tiene necesidad de muchos cuidados. El culto más agradable que podemos ofrecer a Aquel que queremos venerar es aquel que Él quiere, no el que pensamos nosotros”.* (S. Juan Crisóstomo).

(Textos tomados de Jesús Sastre)

#### E. La quinta respuesta.

Nos la puede ofrecer la dedicación permanente de la vida al servicio del bien, como hizo el Señor, “que pasó haciendo el bien y curando a los oprimidos por el mal”, y renunciando explícitamente al uso del mal, de cualquier mal. Jesús renunció a toda connivencia con el mal en cualquiera de sus facetas.

Nuestras comunidades y cada una de nuestras personas, inmersas en un mudo superfluo y lleno de contradicciones, en un sistema económico injusto, que genera cada día nuevas y más duras pobreza y marginaciones, que recurre a la violencia de modo habitual para resolver sus conflictos, que ha abandonado el pensamiento y se mueve a impulsos y miedos económicos, instalada en el individualismo, corre el riesgo de dejarse enzarzar en la superficialidad hiriente y destructora, al servicio del mal, en la que vivimos y que padecemos cada día.

Las primeras comunidades cristianas (Hch 2. 4) intentan vivir al modo de Cristo Jesús: hacen el bien y se alejan del mal, y eso nos lo demuestran con la acogida: comparten fe, vida, bienes y misión. Viven para el bien, como su Señor, e infravaloran los bienes de la tierra que pueden desviarnos hacia el mal. Parten el pan por las casas con dignidad ética (1Cor 11, 20 ss): no participan en la mesa del Señor si se produce el escándalo de que unos pasen hambre y otros derrochen sus bienes. Lo consideran objetivamente como un mal. Y se abren a la evangelización y a crear nuevas comunidades creyentes en otras ciudades y contextos. Comunidades que serán nuevamente acogedoras y generadoras de nuevos crecimientos en la fe.

El misterio trinitario, que las comunidades cristianas tratan de reproducir en su ser, es la guía para vivir en el ejercicio diario del bien, que sólo nace del contacto íntimo y profundo de los creyentes con el ser mismo de Dios. El que permanece unido a Cristo, permanece unido al misterio trinitario y realiza las obras de Cristo, la obra del bien que Dios quiere realizar en la historia. Muchos sin saberlo, lo viven en plenitud, pues el corazón del ser humano, de la humanidad y del universo, encierra en sí mismo un “vestigium trinitatis”.

Las comunidades cristianas para acoger, cuidar y permitir el crecimiento de la fe del pueblo de Dios, han dedicarse de lleno a la obra del bien y no pueden permitirse ningún tipo de flirteo con el mal. Sólo el bien cuida y sana.

F. La sexta respuesta.

Nos la ofrece el convencimiento de que *otro mundo, otra comunidad creyente, otra vida puede ser posible*. Es posible un mundo alternativo.

Somos invitados a clarificar y purificar la mente y el corazón. E igualmente invitados a clarificar y purificar nuestras comunidades cristianas.

Nuestra misión, en este tiempo que nos toca vivir, es seguir haciendo posible el Reino.

“No es eso compañeros, no es eso”, que gritaba Lluís Llach. “Entre vosotros no ha de ser así”, que gritaba el Maestro Jesús.

Nos costará mucho hacer posible la Iglesia y la Comunidad Cristiana que soñamos, pero no podemos dejar de intentarlo.

Tenemos todo el tiempo del mundo.

Hemos de activar también nuestra voluntad, para que trabaje de acuerdo con la gracia.

No hemos de perder la calma ni la paciencia por muy cuesta arriba que nos lo pongan los sistemas humanos, sociales y religiosos, por muy depresivo que nos lo ponga el barro del que estamos hechos cada uno de nosotros.

Miremos al cielo, como lo hizo san Francisco. (Ver relato de Éloi Lecler)

Y confiemos en Aquel que todo lo puede y que ha ofrecido la vida como garantía de que el triunfo del amor es posible.

De momento, que nuestro trabajo y nuestras actitudes y sentimientos, hacia dentro, hacia los hermanos y hermanas con los que convivimos en las comunidades parroquiales o eclesiales de las que provenimos cada uno de nosotros, sean los propios de Cristo Jesús. Y en ese sentido, como María, en este Adviento, acojamos, cuidemos y permitamos el ser y el crecimiento de todos ellos. Y hacia fuera, convenzámonos de que a cada persona hemos de envolverlos en pañales y colocarlos en el pesebre.